XIV

Una comisión importante.

No sé como pude, durante más de una semana, cumplir la orden de mi jefe de no pasar por la calle del Insurgente (la de Remedios) ,ó ya que la cumplí, como no me enfermé por el esfuerzo que para ello tenía que hacer desde la caída de la tarde hasta que lograba conciliar el sueño á hora bien avanzada.

—Tenga vd. confianza en mí, solía decirme Don José I. Pérez Gavilán.

Y la firmeza de su palabra y el desenfado del gesto, obraban en mi espíritu un efecto maravilloso, aunque no duraba más de dos horas.

Mientras tanto los nervios de Doña Eulalia iban encrespándose en términos de no ser sufridos ni por ella ni por ninguno de los que tenían, por su mala estrella, necesidad ú obligación de tratarla. No pasaban dos días sin que no tuviese algo que ordenarme, según el recado que yo recibía de pasar á su casa; pero una vez sentado frente á ella y Candelaria, me decía cualquier cosa de Miguel y terminaba por despedirme sin comunicarme orden ninguna.

Una tarde me mandó llamar, y comprendí que algo grave había sucedido, pues en el zaguán tropecé con Roquete, que salía con las orejas coloradas y el semblante descompuesto.

No bien me presenté en la sala, cuando la Gobernadora, que mucho procuró serenarse, me dijo con voz trémula aún y que salía á borbotones intermitentes de su boca.

—Todos son lo mismo, señor Quiñones, to-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dos son Roquetes; y si vd. no toma una actitud digna en esta ocasión, será el más *roquete* de todos. Ya vd. me entiende!

¡Y vaya si entendí aquél singular, pero expresivo lenguaje!

—Pero yo.... Murmuré con turbación.

—Sí, señor, vd. Pues qué ¿ignora vd. que el Congreso, que los diputados todos han dado una ley para que ese salvaje de Cabezudo se vaya de aquí y deje á su sobrina? ¿Pues no sabe que Cabezudo se va mañana no sé á donde con una comisión, y que todo eso se hace con el fin de dejar sola á la sobrina? Se necesita ser Cabezudo para tragar ese hueso, lo mismo que para ignorar que el que le rompió la cabeza á Miguel la otra noche, fué Corrales, el oficial de policía que acompaña al Gobernador en sus aventuras. Todo el mundo lo sabe, menos Cabezudo y quizá vd. que debiera saberlo antes que nadie.

—¡Yo, señora! exclamé, exaltándome á mi pesar, con las palabras de la Gobernadora.

—Vd. que está enamorado de esa muchacha.

—Yo no estoy enamorado de nadie.

—Sí, señor; no me venga vd. con embustes que son inútiles conmigo.

—Repito que no la quiero.....

—¡Quiñones! gritó Doña Eulalia con enojo; ó se engaña vd. por miedo, ó es vd. el *roquete* más desvergonzado de todos!

Estas palabras fueron un latigazo que me cruzó la cara. Acudió á ella toda mi sangre, se me oscureció la vista, y á no ser mujer quien tal agravio me hacía, le habría dado la respuesta á puño cerrado.

Retrocedí dos pasos, dirigiéndome á la puerta, sin poder articular palabra; pero la Gobernadora, que á la cuenta se proponía sacar ventajas de mí, me agarró por un brazo y echando á reir, me empujó violentamente hacia el sofá, obligándome á sentarme.

—No se enoje, muchacho; me dijo; le hablo así porque hay confianza entre nosotros y de propósito para picarle un poco. ¿Por qué me quiere engañar? Vamos, sea vd. razonable y tenga confianza en mí, que verdaderamente le estimo.

Mucho trabajo costó á la Gobernadora de-

cir esto con entono dulcete y afectado, como boticario que trata de envolver en jarabe el amargor de una medicina. Y tras estas frases vinieron otras y otras más, y después de una respuesta mía, nueva réplica suya; y se exaltó de nuevo, se le agitaron los nervios, se le secó la garganta, y al cabo de algunos minutos me volvió á llamar *roquete*, y en poco estuvo no me sacara los ojos en uno ú otro de los rápidos movimientos de sus brazos.

Oí pasos en el corredor y me tuve por salvado de aquél conflicto; pero andaba yo aquél día con mala fortuna, pues ví entrar en la sala, precedido de Candelarita, ni más ni menos que al Sr. Coronel Cabezudo.

Al verme, se apagó en sus labios la cortesana sonrisa con que venía obsequiando á la primogénita de Vaqueril, é incapaz de ocultar sus impresiones, manifestó sorpresa y disgusto tan claramente como si lo hubiera dicho. Hasta creí ver que los poblados bigotes se echaban hacia las orejas, con el movimiento especial que hacían cuando el Coronel lanzaba su interjección favorita, que yo, afeitando el vocablo, trasformo en *¡canasto!*

Después de cuatro ó cinco cortesías, exajeradas y repetidas que dirigió á la señora, miróme de soslayo y tomó asiento sin saludarme, en tanto que yo, perplejo y turbado, no sabía que hacer; pero la Gobernadora me hizo una señal y obedeciéndola me senté.

Doña Eulalia procuró de nuevo dulcificar el anguloso semblante y suavizar el gesto, domando la rebeldía de los nervios excitados; mientras Don Mateo, armado otra vez de su sonrisa, que él debía de tener en grande estima para aquellos casos, trataba de darme la espalda cuanto la posición de las señoras lo permitía. Y comenzó á hablar con más dificultad que nunca, puesto que había de evitar la muletilla del *canasto*, sin la cual casi no podía mover la lengua.

Iba allí con dos objetos: el primero, recibir las últimas órdenes del Sr. Gobernador, pues al día siguiente se ponía en camino para San Martín, á donde iba á desempeñar una comisión muy secreta y muy difícil; pero que él cumpliría á satisfacción del Gobierno ó se echaría en una barranca de cabeza; porque ¡can, . . .! él era muy amigo del Sr. Vaqueril

y no *de boca*, sino de veras. En segundo lugar; iba para saludar á la señora y las niñas y recibir también sus ordenes, porque él las estimaba mucho y les quería servir en todo lo que pudiera. Ya por ahí andaban algunos diciendo que el Gobierno por aquí y el Gobierno por allá; pero todos eran no más envidiosos y descontentos, porque la *administración* no los ocupaba.

Acongojado y con fatiga terminó Don Mateo el discurso que tenía de antemano listo para aquella ocasión, logrando mediante un cuidado esquisito, si no evitar su interjección predilecta, á lo menos cortarla á la mitad, acudiendo á sujetar la lengua con toda la energía de que podía echar mano.

Pocas veces, si alguna, pudo la Gobernadora calmar su enojo y exaltación, como aquella, puesto que cuando el Coronel concluyó, la risa le retozaba en la boca y animaba singularmente sus ojos. Burlándose con Don Mateo, hubo de descender á la familiaridad que las burlas requieren, lo cual complacia por extremo al buen hombre, que no podía menos de imaginar que aquella confianza,

tras tal comisión, le ponía sobre los cuernos mismos de la luna. Candelaria se mordía los labios, y hasta yo tuve gana de reir, y á punto estuve de hacerlo en más de una ocasión, oyendo las pullas de la Gobernadora y las sandeces del otro.

¡Caramba! peligrosilla debía de ser la tal comisión, cuando se recurría á un coronel tan famoso para desempeñarla ¿Y no le daba miedo? De seguro que habría necesidad de disfrazarse algunas noches, ó de poner emboscadas, ó de sorprender á conspiradores reunidos y armados. No, señor; era preciso que el Coronel se cuidara mucho. Se decía que *las cosas* iban poniéndose mal; circulaban rumores de revolución, y los rencores estaban despertando. ¡Mucho cuidado y mucha astucia! Bien que el señor Coronel era astuto y listo, y nada podía temerse por esa parte. Además, su prestigio en el distrito y el temor que infundiría su sola presencia, bastarían para amedrentar á todos los pedreños.

Don Mateo sonreía con natural complacencia, mirando á la Gobernadora compasiva-

mente, y sin comprender la burla, contestaba con monosílabas, como hombre á quien la modestia impide dar la respuesta que quisiera. Continuó por allí la conversación, y Don Mateo siendo blanco de las pullas de Doña Eulalia y motivo de diversión para Candelarita y yo; y cuando la maleante señora hubo agotado la materia por aquella parte, resbaló bonitamente hasta tratar de cómo quedaba Remedios.

Movióse el grueso Coronel en su asiento y me volvió las espaldas casi completamente, y lleno de embarazo, inquieto y mal humorado, conteniendo á duras penas los ternos que á la boca se le venían como por natural corriente, dijo que Remedios se quedaba en su casa, sola con sus criadas, lo cual nada tenía de nuevo para ella.

No quería más Doña Eulalia para entrar en el asunto con su crueldad de costumbre; y lastimando adrede los sentimientos del Coronel y los mios, dijo á Don Mateo que aquello era una imprudencia, supuesto que la muchacha era hermosa y muchos había que se morían por ella. Y la terrible señora se

extendió con extraordinaria locuacidad sobre aquel tema, sin lástima de mí ni del Coronel, que se movía en su asiento como toro maniatado; hasta que al fin, como demostración de la verdad y buena fé de sus consejos, Doña Eulalia recordó al Coronel el suceso del vidrio roto y el tiro disparado á la puerta de su casa.

—¡Canasto! gritó Cabezudo sin poder refrenar la lengua. Eso no fué más que una casualidad, ó el despecho de algún tonto á quien he de arrancar las orejas!

La Gobernadora y su hija me miraron sorprendidas por la novedad de la idea, seguras de que la alusión era para mí. En tanto Don Mateo, despeñado por la cólera que súbitamente le invadió, habló cuanto quiso y terminó diciendo:

—Tengo ya arreglado ese asunto, y mi sobrina quedará pronto libre de majaderos; á mi regreso se casará: es negocio concluido á mí satisfacción y á su gusto.

—¡Se casará! exclamaron las señoras.

—¿Con quién?

—Con una persona muy estimable y reputada: con Miguelito.

La venganza de Don Mateo no pudo ser más completa. La Gobernadora palideció hasta ponerse cadavérica; le temblaban los lábios y no podía mantener quietos los ojos. Candelaria comenzó por demudarse y concluyó por meterse en su cuarto, pues dió en saltarle un brazo, síntoma precursor del ataque de nervios que solía padecer en las ocasiones graves.

La llegada del Sr. Vaqueril vino á sacarme de aquella horrible y peligrosa situación. ¡Cuando me ví en la calle creí haber salido del infierno!

XV

El discípulo.

En efecto, el Congreso unánime había derogado la embarazosa ley, retorciendo los motivos que habían servido para dictarla, y pasados algunos días, con todo encarecimiento rogó el Gobierno á los representantes del Estado, le permitiesen emplear los servicios del Coronel Cabezudo en una grave é importante comisión, que á nadie sino á él podía confiarse. Como pretexto para la sociedad, fué nombrado Don Mateo para trasladarse á San Martín y dirimir una con-